

al Sr. de Kisselef, embajador de Rusia; seamos conciliantes (1).»

¿Cuál hubiera sido el resultado de aquella negociación directa? Creer que hubiese podido fracasar sería ofender á la prudencia ó á la habilidad de la diplomacia. Pero aquella negociación no se entabló. En la larga historia de las complicaciones orientales, la cuestión de los Santos Lugares no es más que un prólogo: el drama va á empezar. Al mismo tiempo que Drouyn de l'Huys empleaba en París el lenguaje sensato que acabamos de referir, el primer acto de ese drama se desarrollaba en San Petersburgo.

## II

El emperador Nicolás, que gobernaba entonces en Rusia, ocupaba un lugar aparte entre los soberanos de Europa. Mientras el espíritu de reforma sacudía todos los tronos, la veneración de sus pueblos le ponía casi á la altura de un dios. Su autoridad, curiosa mezcla de despotismo asiático y de teocracia cristiana, de omnipotencia administrativa y dictadura militar, no tenía más límites que su voluntad. Ningún Parlamento fiscalizaba sus actos; ninguna institución nacida de la costumbre contenía su poder. Los más altos personajes de su corte habían conservado, en medio de sus elegancias nuevas, cierto perfume de servidumbre; de modo que ninguna existencia hacía sombra á la suya, como ninguna montaña cortaba las inmensas llanuras de sus Estados. El clero le reconocía por su jefe espiritual, acabando con esto de hacer sagrados sus designios. La única manifestación del espíritu público en aquellas remotas regiones eran las revoluciones palaciegas; pero, á su advenimiento al trono, el zar, con su desapiadada energía, parecía haberlas conjurado para mucho tiempo. Su largo reinado había aumentado su prestigio. El Imperio moscovita, que tanto se había extendido de un siglo á esta parte, le había valido nuevas conquistas en Asia y nuevas ventajas sobre los turcos. Relegado lejos del Occidente, en vez de sufrir por este alejamiento, sacaba de él grandes ventajas. A tal distancia, los abusos parciales y las miserias individuales desaparecían ó se fundían en un conjunto severo y majestuoso. Se ignoraban los recursos reales de aquellos vastos territorios que se extendían hasta perderse de vista más allá del Ural, y como la inmensidad hace nacer la idea del infinito, la gente se inclinaba á creer que aquellos recursos eran ilimitados. El emperador Nicolás no desperdiciaba medio de acreditar tan alta opinión. Raramente se exhibía á Europa; y cuando se dejaba ver era en medio de un aparato propio para inspirar una admiración no exenta de temor.

Como las grandes potencias desdeñaban algo la unión de los Romanof, de origen algo reciente y de religión cismática, la casa imperial de Rusia había contraído sus alianzas matrimoniales entre las familias principales de la Confederación germánica, creándose de este modo en el centro de Europa una clientela de soberanos

(1) Despachos de lord Cowley á lord Malmesbury, 30 de diciembre de 1852 y 6 de enero de 1853 (*Correspondence respecting*, etc., parte I, págs. 53 y 55).—Despacho del Sr. Drouyn de l'Huys al Sr. de Castelbajac en San Petersburgo, 15 de enero de 1853.

de segundo orden que estaban orgullosos de su benevolencia y que, temerosos de París y soportando mal á Berlín y Viena, se acostumbraban á recibir la consigna de San Petersburgo.

En 1848 había crecido aún la autoridad de Nicolás. Todo temblaba entonces en Europa. Francia había abolido la realza. El emperador Fernando, huyendo de Viena, se refugió en el fondo del Tirol. El rey de Prusia se inclinaba ante sus súbditos rebeldes. Londres veía pasar por sus calles los motines cartistas. Pío IX buscaba un asilo en Gaeta. Hasta las poblaciones más pacíficas de Alemania tenían sus revueltas. Sólo Nicolás reinaba tranquilo, tanto que, no contento con asegurar el orden en su imperio, podía proveer á la seguridad de sus vecinos. Probó el año siguiente acudiendo en auxilio del joven emperador Francisco José, sojuzgando á la Hungría sublevada y devolviéndosela sin pedir ni aceptar recompensa alguna, aspirando solamente á ser, en medio de la Europa revuelta, el restaurador de los tronos y el inspirador de la nueva Santa Alianza.

Este príncipe no había escapado á la infatuación, fruto y castigo á la vez del poder absoluto. Pero sus caprichos despóticos se cernían tan alto, que cesaban de ser odiosos ó vulgares é imponían naturalmente la obediencia. Se adivinaba que aquellos caprichos, aun los más injustificados y funestos, adquirirían cierto color de obediencia santa. Pontífice y jefe civil á un mismo tiempo, crefáse de buena fe el representante del poder divino. Aislado por su rango, sin recibir generalmente más consejos que los que él mismo tenía á bien provocar, y desconfiando de ellos, se había acostumbrado á buscar en Dios la luz, y en las horas solemnes de su vida no dudaba que sus resoluciones le eran dictadas por el cielo. De ahí todos los peligros y al mismo tiempo todas las grandezas del misticismo; de ahí ciertas ilusiones que nadie lograba disipar porque se confundían con una especie de alucinación sagrada; de ahí una elevación de miras que desconcertaba la marcha ordinaria de la política; de ahí un lenguaje semi bíblico, semi militar, que resonaba con un sonido insólito en las cancillerías y despertaba del uno al otro confin de la Santa Rusia, un religioso entusiasmo. La vida ordinaria del príncipe respondía bastante á sus austeras ideas. Pudiendo vivir en medio de delicias, trataba duramente á su cuerpo, y si se abandonaba á veces al placer con una embriaguez que no conocía resistencias, no por eso dejaba de desempeñar su papel de monarca. En tan difícil papel encontraba menos goces que cuidados. Nicolás brillaba por un magnífico conjunto de cualidades soberanas, aunque no poseía la verdadera sagacidad del hombre de Estado. Cuando se aplicaba á los negocios lo hacía con un espíritu de sutileza que se hermanaba mal con su franqueza ordinaria. El estado interior de su imperio era para él un motivo de perenne tristeza. Bajo las pomposas apariencias que deslumbraban á Europa adivinaba secretas y crueles debilidades. Vislumbraba abusos que no podía precisar. Oía vagamente, sin percibirlos del todo, los gritos de sufrimiento que trataban de llegar hasta él. No ignoraba que, á pesar de sus reformas, su vasto imperio estaba gobernado por una administración venal, y que diariamente se cometían iniquidades en su nombre. En su cólera, á veces exageraba las co-

sas, creyendo en una falta de probidad universal; entonces imponía algunos castigos ejemplares; pero como la verdad no llegaba hasta él sino incompleta y alterada, sus rigores no alcanzaban siempre á los más culpables, y sin remediar nada, le valían una reputación excesiva de brusquedad y dureza. De los atributos del poder soberano sólo uno le gustaba completamente, y era el cuidado de las cosas del ejército. Si prescindía alguna vez de la etiqueta era en favor de sus generales, y nunca era más abordable que cuando iba de uniforme. Como á los antiguos reyes de Prusia, le gustaba la precisión de las maniobras militares casi automáticas, la regularidad de los trajes y el brillo de los cascos dorados. Quizá aquella actividad era también para él un medio de escapar á sus ideas, porque, á pesar de tantas prosperidades, aquel hombre omnipotente estaba triste, y su tristeza era la tristeza de las altas cimas, la tristeza de una saciedad suprema, la tristeza de sentir un velo entre él y el mundo real. Para sacudir su tristeza, se refugiaba á veces en el romanticismo, se recogía en el seno de la familia y se deshacía en ternura. En otras ocasiones notábase en su rostro una expresión extraña, sombría, como si llevase algún vestigio de aquel extravío mental de que se habían visto varios ejemplares entre los Romanof. «Hay algo de salvaje en el zar,» decía en 1844 la reina Victoria (1). Con los años fué haciéndose más visible aquel humor inquieto, ya porque el espíritu del monarca sufriese ya algunas de las funestas influencias transmitidas en su raza, ya porque algún gran designio, medio religioso, medio político, preocupase su alma al extremo de absorberla enteramente.

A principios de 1853 Nicolás no había perdido nada de su prestigio. A juzgar por las apariencias, su actitud no difería mucho de la que había observado hasta entonces. Su programa era el mismo, programa ultraconservador y pacífico, con un matiz de protección altiva; abrigaba los mismos deseos de engrandecimiento, pero sin violentas infracciones de los tratados; era fiel al sistema de íntima alianza con las potencias alemanas, de cordialidad con Inglaterra y de frialdad, aunque no hostil, con Francia. Tal era la superficie. Profundizando las cosas se presentía un cambio alarmante. En la cuestión de los Santos Lugares la diplomacia moscovita manifestaba una irritación celosa que la escasa importancia del litigio justificaba muy poco, pero que tenía su explicación si se deseaba convertir en querrela un simple incidente de cancillería. Restablecido el imperio en Francia, Nicolás, sin protestar abiertamente, no ocultó su desagrado. En San Petersburgo se hablaba aún de equilibrio europeo, pero con una especie de restricción mental, como si aquel principio de equilibrio, excelente para todos los demás Estados, no hubiese sido oponible á las usurpaciones de la santa Rusia. Además los sentimientos del emperador, más bien adivinados que conocidos, inspiraban á los espíritus más perspicaces una ansiedad, vaga y mal definida aún, pero tan viva que no se podía disimular. El poderosísimo autócrata había pasado de la edad madura: hasta entonces se había distinguido más por el pomposo aparato de su poder que por las pruebas de su genio: los home-

(1) *The life of prince consort*, by Théodore Martin, tomo primero, pág. 219.

najes por él recibidos eran superiores á las grandes cosas realizadas por él: era de presumir que el recuerdo que dejase á la posteridad no sería enteramente igual al brillo que sobre su siglo había proyectado. Ya en su declive (pues ningún individuo de su familia había llegado á la vejez), sin tiempo ya para esperar, demasiado ciegamente obedecido para temer ningún obstáculo, ¿no era de sospechar que antes de terminar su carrera quisiese dar consistencia á algún proyecto grandioso y coronar su destino con un afortunado golpe de audacia? No eran más que conjeturas, pero plausibles merced á ciertas confidencias, y verosímiles sobre todo para quienes conocían el alma mística y fogosa del zar.

No faltaban razones para que los optimistas se tranquilizasen. Si Nicolás hubiese abrigado algún ambicioso designio, por ejemplo contra Constantinopla, ¿no lo hubiese realizado en 1848 ó en 1849, cuando Europa, en plena revolución, era incapaz de oponerse á ello? ¿Hubiese esperado el momento en que cada gobierno, amo tranquilo en su casa, podía dirigir una mirada vigilante más allá de sus fronteras? Varios de los diplomáticos acreditados en la corte de Rusia no querían creer en una próxima tormenta y pronosticaban á lo sumo algunas pasajeras complicaciones. ¡Cosa extraña!, el más confiado de todos era el embajador de Francia, general de Castelbajac, á quien Nicolás, por cálculo ó por simpatía personal, colmaba de atenciones y que se dejaba subyugar por ellas. En sus despachos á la corte de las Tullerías, señalaba con una complacencia un poco cándida los progresos de su favor. «No es aún la intimidad de en tiempo de Carlos X, escribía el general, pero son ya relaciones mucho mejores que en tiempo de Luis Felipe. El emperador Nicolás está por encima de las rapacerías políticas (2).» En 12 de enero, el Sr. de Castelbajac fué recibido por primera vez por el zar después del reconocimiento del nuevo Imperio francés, y Nicolás le felicitó, le abrazó, le habló de Napoleón III en términos excelentes, señaló la cuestión de los Santos Lugares, pero de paso; cierto es que habló un poco de los *miserables turcos*, pero guardándose de insistir sobre tan desagradable asunto. El Sr. de Castelbajac, incapaz de sospechar una segunda intención, se apresuró á transmitir á París aquellas buenas noticias que le parecían el presagio de relaciones íntimas entre ambos países.

¿Quién penetraba mejor en aquel momento las secretas intenciones del zar, los optimistas ó los recelosos? El porvenir había de justificar, por desgracia, las previsiones más inquietas. Nicolás se decidía ya á dar cuerpo á sus proyectos ambiciosos, se proponía aliarse con Inglaterra, por no decir á tomarla como cómplice. Tres días antes de aquella cordial audiencia que tan placenteramente relató el Sr. de Castelbajac, he aquí lo que había ocurrido en el palacio de la gran duquesa Elena.

Era el 9 de enero de 1853. En medio del vaivén de una gran reunión, el emperador Nicolás se acercó al embajador de Inglaterra, Sir Hamilton Seymour, le felicitó por la constitución del nuevo ministerio que, en 26 de diciembre, había sucedido al gabinete de lord

(2) Despacho publicado por M. Rothan, *Recuerdos diplomáticos* (*Revue des Deux Mondes*, 1.º de octubre de 1888, pág. 521).



Derby, é hizo sobre todo un gran elogio del primer ministro, lord Alberdeen, á quien conocía, al decir del emperador, hacía cuarenta años. «Deseo, añadió Nicolás, una amistad íntima con Inglaterra... Hace algún tiempo que estáis aquí y no ignoráis que, en casi todas las cuestiones, nuestros intereses son los mismos. Cuando estamos acordes, continuó el emperador cada vez más insinuante, no abrigo la menor inquietud respecto al Occidente de Europa. Lo que otros piensen en el fondo carece de importancia. En cuanto á Turquía, es otra cuestión; ese país se halla en un estado crítico y puede ocasionarnos muchas dificultades... Pero os dejo.»

Nicolás había echado el primer cebo. Muy sorprendido de aquella confidencia inesperada; y más interesado que sorprendido, sir Hamilton Seymour se atrevió á retener á su augusto interlocutor. «Vuestras palabras, le dijo, serán acogidas con general satisfacción. Pero alguna declaración de Vuestra Majestad ¿no calmaría las inquietudes relativas á Turquía?» El zar vaciló, pero al fin declaró con más firmeza: «Los asuntos de Turquía se hallan en un gran estado de desorganización. Es necesario entendernos: escuchad, continuó el emperador bajando la voz y en un tono misterioso: tenemos un *hombre enfermo, gravemente enfermo*, y sería una gran desgracia que se nos fuese antes de tomarse las disposiciones necesarias... No es hora de hablaros de eso,» añadió Nicolás, interrumpiendo otra vez su confidencia. Seymour comprendió que debía retirarse y se contentó con replicar: «Vuestra Majestad dice que el hombre está enfermo. ¡Pues bien! Que Vuestra Majestad se digne excusarme que le diga que al hombre generoso y fuerte le toca cuidar del hombre enfermo y débil (1).»

Cinco días después de tan singular conferencia sir Hamilton Seymour volvió á ver á Nicolás. Este, como agitado por una idea fija, reanudó en seguida la interrumpida conversación: «Conocéis, sin duda, los planes de la emperatriz Catalina. No heredé yo sus proyectos... Mi imperio es bastante vasto: una mayor extensión le debilitaría... Nada tenemos ya que temer de Turquía: hasta ahora ha sido bastante fuerte para guardar su independencia, pero no es ya bastante temible para turbar el reposo de nadie. Hay ahí millones de cristianos por cuyos intereses debo velar. Hago un uso muy moderado de mi derecho, pero este derecho existe, y no puedo renunciar á él.» Esta exposición, que abreviamos mucho, se convertía en monólogo. El emperador, á través de nuevos rodeos, acabó por llegar al objeto real de su pensamiento: «Vamos á ver; nosotros deseamos prolongar la existencia del *enfermo*; pero puede morir de pronto y no podemos resucitar á ningún muerto. ¿No vale más prepararse de antemano para esa eventualidad, que exponerse al caos, á la confusión que va á seguir? Esto es lo que yo quisiera preguntar á vuestro gobierno.» Esta vez la interrogación era demasiado directa para poder esquivarse. Seymour se mostró breve, digno y mesurado. «En Inglaterra, replicó, se ha tenido siempre una repugnancia extrema á descontar la sucesión de un antiguo amigo y aliado.—Sin duda, eso es un buen principio: sin embargo, es necesario entendernos. Voy á hablaros como amigo y como caballero, añadió el em-

(1) Despacho de sir Hamilton Seymour á lord John Russell, 11 de enero de 1853 (*Eastern Papers*, parte V, págs. 1-3).

perador con mayor confianza. Si llegamos á entendernos, poco importa lo que hagan los demás. Lo que yo quiero os lo voy á decir. No permitiré que Inglaterra se implante en Constantinopla; tampoco me implantaré yo, como amo se entiende, porque como depositario no digo...» Seymour no pudo repetir sino lo que había ya dicho: «El gabinete británico está poco dispuesto á adquirir compromisos sobre esas cosas.—Pero, replicó el emperador, ya hablé sobre este particular con Wellington.» La conversación se desvió un poco, y el zar despidió luego al embajador con estas palabras: «Dad cuenta al gobierno de la reina de lo pasado entre nosotros, diciendo que estoy dispuesto á escuchar toda comunicación que juzgue oportuno hacerme (2).»

La recomendación era ciertamente superflua. En el *Foreign Office* se conocían ya las extrañas insinuaciones de Nicolás. El gabinete británico no veía entonces con buenos ojos la política francesa en Oriente. En el nuevo ministerio, Napoleón no tenía más que un amigo, lord Palmerston, pero éste se hallaba relegado al interior. En Londres se calificaba de excesivo el celo de La Vallette en la cuestión de los Santos Lugares, y cuando el barón Brunnow, embajador de Rusia, iba á leer en el ministerio de Negocios extranjeros algún despacho de Nesselrode, malévolo y casi amargo contra el gabinete de las Tullerías, era acogido con más favor que desagradado. Por su parte, la prensa inglesa usaba un lenguaje muy violento contra la Puerta, y el *Times* se complacía en pronosticar el día en que se desvanecería aquel gran cuerpo sin fuerza (3). Fuesen cuales fueren aquellos sentimientos poco amistosos para nosotros y despreciativos para los turcos, había gran trecho de aquella actitud á una acción directa que precipitase la disolución del Imperio otomano y arreglase aquella pesada herencia á espaldas y en perjuicio de Francia. De todas maneras, no se podía esperar que el gabinete dirigido por el prudente lord Aberdeen se asociase á tan peligrosa aventura. Lord John Russell, ministro de Negocios extranjeros, fué encargado de redactar la contestación. Y la redactó el 7 de febrero en forma á un mismo tiempo firme y cortés. «Ninguna crisis actual, decía en substancia lord John Russell, autoriza á disponer de Turquía. La cuestión de los Santos Lugares no es grave. No se puede descontar la sucesión del Imperio otomano como, á fines del siglo xvii, Guillermo III y Luis XIV descontaban la sucesión de Carlos II; porque es imposible fijar la fecha de la eventualidad prevista. Además, ¿cómo tomar disposiciones tan importantes prescindiendo de Francia y de Austria? Estas combinaciones no podrían permanecer secretas, y, una vez conocidas, alentarían á todos los enemigos del sultán de modo que la *gran previsión de los amigos del enfermo vendría á ser la causa de su muerte.*» Las protestas de viva amistad para Rusia temperaban la ironía mal velada de estas últimas palabras. Lord John Russell terminaba su despacho prometiendo que Inglaterra no entraría en negociación alguna relativa á la repartición eventual del Imperio otomano sin previa inteligencia con el zar (4).

(2) Sir Hamilton Seymour á lord John Russell, 22 de enero de 1853 (*Eastern Papers*, parte V, págs. 3-6).

(3) *Times*, 22 de enero de 1853.

(4) Despacho de lord John Russell á sir Hamilton Seymour, 9 de febrero de 1853 (*Eastern Papers*, parte V, págs. 7 y 8).

El 20 de febrero, en una fiesta dada en casa del gran duque heredero, Seymour volvió á ver á Nicolás. Era la tercera entrevista. El zar se fué en derechura al encuentro del embajador, estuvo con él más amable que nunca y le dijo, cogiéndolo aparte: «¿Qué tal?, ¿habéis recibido contestación?—Sí, señor; es tal como dí á presumir á Vuestra Majestad.—Es lo que siento haber sabido. Vuestro gobierno no ha comprendido mis propósitos. No se trata tanto de saber lo que se hará cuando muera el enfermo, cuanto de determinar con Inglaterra lo que no se hará.—No tenemos ningún motivo para pensar que el enfermo se halla en el artículo de la muerte.—Sí, sí, se está muriendo. Es preciso que nos entendamos. ¡Ah!, si yo pudiese hablar siquiera cinco minutos con vuestros ministros, con lord Aberdeen, por ejemplo, llegaríamos fácilmente á un acuerdo. No se trata de protocolo ni de convenio, sino de una inteligencia general. Volved mañana.»

Pocas horas después, de vuelta en la embajada, Seymour se apresuró á comunicar á su gobierno aquella nueva conversación. Confundíale tanta insistencia. Estaba convencido de que un soberano que discute con tanta tenacidad sobre la caída inminente de un Estado vecino debe haber concebido el designio no de esperar la disolución de este Estado, sino de provocarla. «El pensamiento del emperador, escribía Seymour, se dibuja á través del velo con que lo cubre. Lo que él quiere, claramente se ve, es el reparto de Turquía con exclusión de Francia (1).

La entrevista que al día siguiente tuvo el embajador inglés con Nicolás no hizo más que confirmar aquella creencia. La conversación duró cerca de cinco cuartos de hora. «Tened la seguridad de que la catástrofe es inminente, dijo el zar. La guerra extranjera, la sublevación de los cristianos, la rivalidad entre el viejo partido turco y el partido innovador, todo puede precipitar la crisis. Quiero arreglar lo que no estará permitido hacer.—Pero, en fin, ¿cuáles serán esas estipulaciones negativas?» Después de un momento de reflexión, el emperador contestó: «No quiero que Constantinopla sea ocupada por los rusos, franceses, ingleses ú otra potencia cualquiera. No permitiré jamás la resurrección de un nuevo Imperio bizantino, ni una extensión de Grecia; y ménos permitiré que Turquía se divida en una serie de pequeños Estados, asilos abiertos á los Mazzini, Kossuth y otros revolucionarios.—Entonces habrá que declarar que á nadie le estará permitido apoderarse de ninguna de las provincias del imperio, que esta propiedad permanecerá como en secuestro hasta que intervenga un arreglo amistoso.—Será difícil, replicó el zar con cierto embarazo; los cristianos y los turcos se batirán.—Hay una diferencia entre nosotros, replicó sir Hamilton Seymour, animándose á medida que se prolongaba la conversación: Vuestra Majestad se ocupa siempre de la ruina de Turquía, y nosotros nos ocupamos en impedir que su situación empeore.—¡Ah!, me habláis como Nesselrode, pero la catástrofe llegará.» Hablaron luego de las demás potencias: «Francia me tiene sin cuidado, dijo Nicolás; sólo procura indisponernos; una vez de acuerdo con vosotros, me tiene sin cuidado lo demás.—

(1) Seymour á Russell, 21 de febrero (*Eastern Papers*, parte V, págs. 8 y 9).

¿Y el Austria?—¡El Austria!, replicó desdeñosamente el zar; lo que conviene á Rusia le conviene al Austria...» El emperador ponderó su moderación con el sultán, de quien dijo que le había faltado á la palabra. «¡Ah, señor!, contestó Seymour, si los pobres turcos no le han cumplido su palabra, ha sido por miedo á Francia (2).»

Sin embargo, el zar volvía siempre á su idea dominante. Por última vez trató de desempeñar el papel de seductor. «Los Principados, dijo, son independientes bajo mi protectorado. En caso de disolución, ¿por qué la Servia y la Bulgaria no habían de tener un gobierno parecido? Por lo que toca á Egipto, añadió con marcada intención, comprendo que Inglaterra lo codicie: que lo ocupe si quiere, lo mismo que á Candía.» Nicolás esperaba el efecto de este soberbio ofrecimiento. «¡Oh!,



Jorge Hamilton Seymour

replicó con descuido Seymour, sólo deseamos tener un modo de comunicación fácil entre las Indias y la metrópoli.» La entrevista tocaba á su término: Nicolás repitió al concluir: «Escribid á vuestro gobierno; no pido un tratado, sino una simple palabra de caballero.»

Esta palabra de caballero, el zar, á pesar de todo su arte que rayaba en artificio, no la obtuvo. Lord Clarendon, que había substituído á Russell en la dirección del *Foreign Office*, procuró emplear el mismo lenguaje que su antecesor, repitiendo que Inglaterra no creía que el fin de Turquía fuese tan próximo, y que en caso de una catástrofe un congreso determinaría el reparto de los despojos (3). Más reservado que su amo, el canciller del Imperio ruso, Sr. de Nesselrode, había adivinado el peligro de aquellas confidencias reiteradas y había procurado aminorar su alcance. Con el pretexto de fijar el recuerdo de aquellas conferencias había redactado un largo *memorándum* que reducía á un simple cambio de miras las negociaciones entabladas. No se trataba ya de preparar un convenio obligatorio, ni de disponerse á un reparto, sino de asegurar únicamente el acuerdo para una eventualidad que Rusia no deseaba. Habiendo fracasado la negociación, era preciso, no negarla, sino quitarle toda la importancia posible, á fin

(2) Despacho de sir Hamilton Seymour á lord John Russell, 22 de febrero de 1853 (*Eastern Papers*, parte V, págs. 10 y 11).

(3) Despacho de lord Clarendon á sir Hamilton Seymour, 23 de marzo de 1853 (*Eastern Papers*, parte V, pág. 19).



de hacerla casi insignificante. Sobre un solo punto el lenguaje de Nesselrode seguía siendo amargo y conminatorio. Señalaba en términos casi violentos la actitud de Francia, que «en Oriente presentaba sus reclamaciones al pie del cañón y que en el debate de los Santos Lugares había hecho presión sobre la Puerta para obtener la anulación de las promesas hechas al zar (1).» Hasta esta malevolencia era calculada. No pudiendo atraer á Inglaterra, se quería al menos tenerla alejada de nosotros, separar sus intereses de los nuestros, y se estimaba que, aunque no se obtuviese más que este resultado, el trabajo de Rusia no resultaría inútil.

Toda aquella negociación había de sustraerse á la publicidad. En París no fué conocida. A lo sumo se pudieron adivinar vagamente las malévolas ideas del zar. En aquel entonces Napoleón dijo á lord Malmesbury durante una entrevista en que éste le ponderaba la lealtad de Nicolás: «¡Oh!, es más prudente que leal (2).» El silencio hubiera cubierto largo tiempo aquella intriga. Pero, un año después, á consecuencia de un violento artículo del *Diario de San Petersburgo*, el gabinete de Saint-James se creyó desligado del secreto y consignó en sus *Papeles parlamentarios* el curioso episodio que acabamos de referir. Bien que el secreto era ya inútil, puesto que un acto de los más audaces de Nicolás mostró por aquella época al mundo asombrado cuáles eran sus verdaderas intenciones y hasta dónde se proponía llevar su fortuna.

### III

En 23 de febrero el Sr. de Ozerof, ministro de Rusia cerca de la Puerta Otomana, anunció á sus colegas del cuerpo diplomático la próxima llegada á Constantinopla de un enviado extraordinario del zar. Esta comunicación causó cierta sorpresa, y el asombro aumentó cuando se supo el nombre del embajador. Era éste el príncipe Menschikof, almirante, Alteza Serenísima, ministro de Marina, gobernador general de la Finlandia, el igual de los Voronzof, de los Orlof, de los Paskewitch y de los Nesselrode. ¿Qué interés había tan grave que necesitase semejante plenipotenciario? Los ministros de la Puerta nada sabían. El Sr. de Ozerof, tan ignorante sin duda como los demás, guardaba silencio. El día 24 el correo de Odesa desembarcó al coronel Kohlkof, ayudante del príncipe, encargado de preparar la recepción de su jefe. Esta recepción había de ser solemne: el gobierno turco había recibido aviso oficial á fin de que no se omitiese ningún detalle del ceremonial de costumbre. Durante los días siguientes circuló el rumor de que Menschikof, más soldado y marino que negociador, había pasado revista á la flota del mar Negro y visitado en sus acantonamientos un cuerpo de ejército concentrado en la frontera de la Besarabia. Tales noticias cambiaron la curiosidad en aprensiones. Mientras tanto, se hacían inusitados preparativos en el palacio de la embajada rusa, y notábase entre los griegos, tan numerosos en Constantinopla, una agitación poco común.

En 1.º de marzo el buque que conducía á Menschikof apareció en aguas del Bósforo. Era un embajador

(1) *Eastern Papers*, parte V, pág. 14.

(2) Malmesbury, *Memoirs of an ex-minister*, tomo I, página 391.

extraordinario, según afirmación de Ozerof, y, efectivamente, fué extraordinario bajo todos conceptos.

Acompañaban al príncipe una infinidad de funcionarios, generales y oficiales de toda graduación. En medio de aquella muchedumbre galoneada se distinguían el príncipe Galitzin, ayudante del emperador, el conde Dimitri de Nesselrode, hijo del canciller, y otros personajes no menos encumbrados. No se presentaba Menschikof como diplomático pacífico que venía á tratar de igual á igual con una potencia amiga, sino de un virrey que iba á recibir en nombre de su soberano el homenaje de un Estado vasallo. Todo contribuía á la ilusión, hasta los griegos que, en número de siete ú ocho mil, rodeaban el buque prorrumpiendo á cada instante en ruidosas aclamaciones. Otro barco había de llegar dentro de un par de horas conduciendo al vicealmirante Khornilof, mayor general de la flota del mar del Norte, y al general Nikapotchinski, jefe de Estado mayor del ejército de Besarabia. ¿Qué significaba aquel congreso de militares en la capital de Turquía? Al mismo tiempo se anunciaba que en el Sur de Rusia se ponían dos cuerpos de ejército en pie de guerra, y que en los Principados danubianos varios comerciantes moscovitas preparaban grandes abastecimientos.

El 2 de marzo era el día fijado para las presentaciones oficiales. Menschikof salió del hotel de la embajada para ir á la Sublime Puerta. Contra la costumbre, iba en traje de calle, y semejante desprecio de la etiqueta sorprendió á los turcos. Mas pronto tuvieron otro motivo más serio de inquietud. La tradición quería que los nuevos diplomáticos hiciesen dos visitas: la primera al gran visir, y la segunda al ministro de Negocios extranjeros. Este era Fuad-Effendi, á quien Rusia acusaba de parcialidad por la Francia en la cuestión de los Santos Lugares. El príncipe fué desde luego á casa del gran visir. Al salir de allí, el introductor de embajadores le invitó á entrar en el Ministerio de Negocios extranjeros, que estaba al lado, y donde se habían hecho grandes preparativos para recibir al plenipotenciario ruso. Las puertas estaban abiertas de par en par; había un doble cordón de guardias hasta la entrada de los salones de recepción; una multitud de turcos y griegos se hallaba aglomerada delante del palacio, de modo que nada podía pasar inadvertido. Sordo al consejo que se le daba, Menschikof pasó desdeñosamente por delante de las habitaciones de Fuad-Effendi, é importándole poco que éste le esperase en vano, regresó directamente á la embajada.

El desaire había sido premeditado. En tiempo del antiguo poderío otomano el sultán hubiera hecho meter en cualquier prisión del Estado al temerario embajador, respondiendo á semejante bravata con una declaración de guerra. Pero aquel tiempo había pasado. El espanto dominó á la cólera. Fuad-Effendi, que había tenido la desgracia de disgustar á Rusia, fué sacrificado y substituído por Rifaat-Pachá. Se dudaba que tal concesión desarmase al zar. Lo que aumentaba los apuros de la Puerta era la ausencia de sus naturales consejeros, los embajadores de Francia é Inglaterra. Sir Stratford de Redcliff estaba en uso de licencia, y el Sr. de Lacour, recién nombrado en substitución de La Valette, no había tomado aún posesión de su cargo. En su ansiedad, los ministros turcos no cesaban de interrogar

á los secretarios de las legaciones francesa é inglesa, señores Benedetti y coronel Rose, respectivamente encargados de los negocios en ausencia de sus jefes. ¿Qué pretendía Rusia? ¿Cuáles iban á ser las consecuencias de aquel *pronunciamento* diplomático? ¿Meditaba el zar algún audaz proyecto ó quería simplemente poner á

contentó con hablar así, sino que, á ruegos del gobierno otomano, envió un correo á Malta suplicando al almirante Dundas, comandante de la flota inglesa del Mediterráneo, que hiciese avanzar su escuadra hasta el Archipiélago.

Al principio de este conflicto oriental es curioso ob-



El príncipe Menschikof

prueba la tolerancia de Europa? Los representantes de ambas potencias occidentales, desconcertados por aquel suceso imprevisto, sin saber qué contestar, aconsejaban la prudencia y la calma. Benedetti enviaba á París informes inquietos. En cuanto al coronel Rose, sus temores parecían aún más vivos. «La misión del príncipe Menschikof, escribió el 7 de marzo á su gobierno, causa graves aprensiones respecto á la independencia y quizá respecto á la existencia de Turquía (1).» Y no se

(1) Despacho del coronel Rose á lord John Russell, 7 de marzo de 1853 (*Correspondence respecting the rights and privileges of the Latin and Greek churches*, parte I, pág. 86).

servar las actitudes diferentes de Francia é Inglaterra, futuras aliadas. En Constantinopla, el coronel Rose se había mostrado más alarmado que el Sr. Benedetti. En Londres y París sucedió lo contrario.

Tan pronto como en Francia se tuvo conocimiento de la misión Menschikof, se presintió la gravedad del suceso. Bajó la Bolsa. La prensa empleó un lenguaje de triste gravedad. El ministro de Negocios extranjeros protestó en el acto. «La actitud del príncipe Menschikof, escribió Drouyn de l'Huys, indica suficientemente que ha ido menos para negociar que para presentar un *ultimátum*. Las concentraciones de tropas en la Rusia